

ENCUENTRO DE PRESIDENTES DE COMISIONES DE CULTURA DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES DE AMÉRICA

Puebla de los Ángeles, México, 5-7 de junio del 2001

El Libro de Tobías, del cual está tomado el pasaje bíblico que ha sido proclamado hoy en primer término, es una novela popular de la trilogía Tobías-Judit-Ester.

En estas obras se contiene un testimonio ejemplar del judaísmo. El pueblo judío, en su largo peregrinar por el mundo, se ha visto retratado en sus mejores hombres y mujeres, aun hasta nuestros días, en esos personajes.

Son hombres y mujeres buenos, cumplidores de la ley que manda amar a los hijos del pueblo hebreo, pero también de los preceptos rituales como lavarse las manos antes de comer. Así era Tobías y así era Sara y, sin embargo, sufrían el destierro y las burlas de los otros pueblos.

En el relato que hemos escuchado, Tobías siente en su oración que sus sufrimientos deben hallar explicación en una culpa oculta personal, o en los pecados colectivos de su pueblo. Mientras que Sara, desesperada ante los insultos de una esclava que le acusaba de haber matado sucesivamente a sus siete maridos, piensa en el suicidio, pero se detiene ante el amor familiar y decide invocar a Dios. Sara y Tobías no se conocen, rezan cada uno por su cuenta, pero sus destinos se unirán. Dios, Dueño y Señor de la Historia, hará que se encuentren sus vidas y podrán los buenos hallar la felicidad en su familia, protegidos por Dios en medio de un mundo hostil.

Estamos en el siglo III o II antes de Cristo. Los judíos viven en la diáspora y tienen que enfrentarse al mundo helénico, que se impone con fuerza, no solo militar, sino de ideas y de estilo de vida, y los judíos tienen que reafirmar su identidad: la familia, el buen comportamiento, la fe en el Único Dios; pero viven, aún, en un mundo cerrado a la eternidad. Dios los protege en este mundo, los castiga en este mundo, los prueba y los corona de felicidad en este mundo y todo dependerá de las buenas obras que realicen, pero no hay posibilidad clara de entrar en la eternidad de Dios. En otros medios judíos posexílicos ya apuntaba con claridad la esperanza de una vida en plenitud por la resurrección, pero aún no se hace evidente en Tobías y Sara, que siguen, por ser observantes y ortodoxos, la vieja tradición.

Estas dos corrientes encuentra Jesús cuando llega, como enviado del Padre, al pueblo de las promesas.

Los saduceos, que en el relato evangélico de hoy se acercan a Jesús, se apoyan en preceptos del Deuteronomio para proponer con picardía al Maestro un caso que ponga en ridículo la creencia en la resurrección, que Jesús afirmaba y que era sostenida también por los enemigos tradicionales de los saduceos, los fariseos que, siguiendo la nueva tradición, creían en otra vida y en la resurrección.

Jesús reafirma expresamente la resurrección basándose en el poder y la fidelidad a Dios, pero esa vida será totalmente nueva y no una simple prolongación o repetición de la vida terrena.

El argumento de la Escritura empleado por Jesús tiene una fuerza mucho mayor que la que nosotros, con nuestra mentalidad actual, podemos imaginar.

Los oyentes daban una fuerza definitoria a la Palabra revelada. Jesús cita el Libro del Éxodo y el episodio de la zarza ardiendo que es fundante en la fe del pueblo elegido. Nada menos que en la presentación de Yahvé a Moisés, cuando este es elegido para comunicar a su pueblo quién es Dios, Aquel-que-Es se define a sí mismo como Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. El Dios viviente no podía ser un Dios de muertos. En el reino de la muerte, en las culturas circundantes, había dioses para ese mundo. No podía decirse entonces que Yahvé era un Dios de muertos, sino de vivos, por tanto, Abraham, Isaac y Jacob vivían ante Dios. Había un Dios de vivos que vencía la muerte.

El Dios, Padre de Jesús, es solo Dios de muertos para que los muertos dejen de ser muertos. Jesús libró del espíritu inmundo al endemoniado que andaba entre las tumbas; lo devolvió a la vida normal. Jesús se detuvo ante la tumba de Lázaro para sacarlo vivo de ella. Jesús compartió el morir de los hombres para salir glorioso y triunfante del sepulcro.

¡Cuántas implicaciones culturales en los dos relatos bíblicos de la Lectio Continua! Cuánta semejanza de algunos elementos y cuánta similitud en otros con la situación actual de los creyentes, viviendo en diáspora, acosados por la suficiencia del dinero y de la técnica, en búsqueda de identidad, tentados de encerrarse en este mundo material, donde no hay espacio para la esperanza; cuánta falsa aproximación a Cristo para pedirle soluciones a falsos o verdaderos problemas que solo encuentran respuesta en una afirmación clara de fe en el Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que resucitó al hombre-Dios y lo puso a su derecha y que nos hace participar de su misma vida por el Espíritu Santo de su Hijo que pone en nuestros corazones y nos descubre la verdad de nuestra vida y de nuestra muerte, abriéndonos a la esperanza cierta de la Resurrección.

No, no son reglas de tradición familiar y de comportamiento moral las que debemos guardar, encerrándonos en nuestro mundo para protegernos del mundo hostil. Es la fe en el Dios de la vida la que debe crecer en nuestros corazones y ser proclamada a cara descubierta al mundo enfermo de tedio, de desesperación, que se suicida lentamente con las drogas, con el alcohol, con los fármacos, que se entretiene para no pensar y que está necesitado de salvación.

No podemos aspirar a una vida tranquila al modo de Tobías y Sara, sino a una plenitud de vida, cuando seremos como los ángeles del cielo.

Esta vida plena la alcanza Cristo Jesús con su muerte y resurrección que celebramos ahora en el Sacrificio Eucarístico.